

*

Caracol de Viento

Un templo de identidad sostenible en la Ciudad de México

Ejes: Identidad y austeridad

—

Por:
Arq. Francisco Erazo

1

La humanidad de la Ciudad

La Ciudad es un territorio de soluciones; para encontrarlas, para planearlas y para crearlas. A fin de encontrar soluciones que contribuyan al bienestar social en un mundo global que incrementa día a día su conciencia ambiental, se requieren nuevas formas para establecer intercambios; entre ciudadanos, gobierno, empresas, sociedades y academias; entre cultura, educación, sociedad y política; entre lo público y lo privado.

Ésta es una época para abordar problemas con una perspectiva integral que encuentre conexiones favorables entre dominios y sectores, agentes, personajes y actores. Iniciativas de esto crecen por doquier. Imaginación y creatividad encabezan un movimiento de actitud colaborativa que plantea problemas para generar cambios positivos en el mundo complejo que habitamos.

No cabe duda que el desarrollo científico y tecnológico contribuyen a esa visión. Sin embargo, para obtener lo mejor de la abundancia del desarrollo de ciencias y tecnologías en relación al bienestar social, el concepto que tenemos de Ciudad requiere renacer con una perspectiva humanista. La razón es sencilla: porque las ‘megalópolis’ son humanamente habitadas y porque muchos de sus problemas de fondo son humanos y, como tal, rigen la productividad y el bienestar de las demás esferas urbanas —económica, política, cultural—.

Por eso, esta ‘cuestión humana de la ciudad’ convoca a ser resuelta; y, como ha sucedido en otros momentos de la Historia, el marco de pensamiento que encuentra soluciones sobre lo ‘humano’ siempre remarca la relevancia del papel de la cultura y la educación. Y no es fortuito que, como sucedió en la Florencia renacentista, esa apuesta humanista urbana —en último término, definida como el intercambio fértil de nuevas ideas— constituyó la forma de su florecimiento económico: caminar por la ciudad de ideas y belleza incrementó la calidad de vida de los ciudadanos y por consiguiente su productividad responsable hacia la ciudad.

Una de las varias consecuencias de la falta de planeación sobre el crecimiento ordenado de las ciudades latinoamericanas es que los espacios de cultura y educación se encuentran desconectados de la vida urbana. Sin duda, los recintos de cultura actuales intentan por su parte movilizar la función de intercambio entre ideas y arte con la ciudad; pero... en dichas grandes ciudades, tales recintos no sólo están desconectados entre sí y desconectados de las calles; también su capacidad de concentrar afluencia de gente dentro o alrededor suyo no es ni de cerca comparable con la de los centros y plazas comerciales o turísticos. Y éstos no abordan ni cultural ni educativamente los problemas de la humanidad de la ciudad.

2

Templos de identidad sostenible

Uno de los problemas de la humanidad de la ciudad es el problema de la identidad. Su relevancia estriba no sólo en el hecho de que ‘identidad’ y ‘humanidad’ pasan por el mismo embudo de comprensión, sino porque el concepto de identidad hoy en día es un vasto territorio por ser redescubierto: porque no queda evidentemente claro quiénes somos en las crecientes ‘ciudades globales’ respecto a las tradiciones locales que heredamos; y qué queremos lograr al serlo; o qué implica y qué posibilidades reales se despliegan de esto.

Pero, pese a que definir el concepto de identidad no sea una tarea fácil, no es necesario volverlo un asunto de complejidad extrema. Existen distintas profundidades del asunto, pero través de la visión humanista el sentido de identidad es un producto creativo del ejercicio de libertad individual en responsabilidad con el mundo que habitamos. Esta identidad, por lo tanto, queda abierta al cambio, al aprendizaje y al crecimiento. Curiosamente esta visión tiene un matiz arquitectónico; pues el sentido de identidad se construye durante el proceso de descubrir ‘mi lugar’ en el mundo, y pasa por asumir cómo ocupo ese lugar; qué hago en él, y cómo colaboro con otros en tal lugar. Y a pesar de ser intangible, esta identidad está ligada, y muchas veces dirige, un modo de vida práctico y concreto. El éxito de la suma de estos modos de vida en la esfera de un mundo colectivamente creado depende de un sistema coherente de creencias —que tengan como objetivo una noción de bienestar social— que guíen un buen vivir práctico. Parte de ese éxito pasa por saber y asumir la historia de otros —a través de quienes hemos aprendido— que han ocupado este lugar antes y han atravesado el mismo proceso; y las vidas de otros más que lo ocuparán en el futuro —a quienes se lo heredaremos—.

Es decir, para entender que la identidad debe ser entendida como un asunto de memoria social que, a riesgo de perderse, por naturaleza debe regenerarse; hay que pensar que la identidad es a la vez un asunto de memoria y de futuro. Entonces, ese descubrimiento de identidad, cuando se proyecta a encontrar nuevas formas de bienestar, debe a la vez *entender e inventar* nuevos modos de una convivencia en armonía. A la luz de lo que hemos llegado a descubrir en esta ‘era global’ —el impacto humano en una Tierra pluralmente compartida—, esa armonía revela, por lo menos, una doble responsabilidad: social y ecológica. Y dado que la sociedad existe materialmente respecto a los recursos que obtiene, a los que aspira, y lo que hace con ellos; ambas responsabilidades están entrelazadas, funcionan y cooperan, en los problemas de identidad y sostenibilidad. Y en efecto, quedarán ya pocos años en las que las ‘ecotecnias’ no pasen por completo a ser parte del vocabulario natural de la cultura.

Todo esto, a vista de pájaro, es parte de la concepción del mundo y aspiraciones de un ciudadano informado en el siglo XXI ¿Pero cuál es la perspectiva de esto a pie de calle, para la ‘gente común’ —es decir, la mayoría de la población de un país; sobre todo de un país latinoamericano mayormente des-informado—? ¿Cómo volver partícipe de las soluciones innovadoras, de su origen y propósito, al ciudadano común? ¿Cómo se comunica esta visión cultural y educativa con la opinión e imaginario público, de modo que pase a ser parte de un compromiso, de una responsabilidad en común; pero también de una celebración en común? Porque, que la Ciudad sea un territorio de soluciones debería ser un motivo de celebración y de compartir de esa celebración.

En el marco de la vida pública cotidiana, a pie de calles y plazas, los habitantes de las grandes ciudades carecen tanto de referencias culturales y educativas para la imaginación como de ofertas tangibles para concientizar tanto el status de una 'identidad social', así como de la relevancia de atender el problema de encontrar modelos de vida ecológica. Más que esto, en el marco de ciudades que han descuidado el problema de ordenarse y embellecerse con ideas culturales, los transeúntes del paisaje urbano carecen, a nivel emocional, del incentivo y la motivación para prestar atención e interesarse tanto por los asuntos de identidad social como de responsabilidad ecológica.

¿Qué tal si creáramos en los espacios públicos el interés genuino por modelos de vida social y ambientalmente responsables? Ésta es una de las apuestas de lo que llamo "Culturans"; y propone que el problema de identidad puede ser resuelto por vía sostenible; y el potencial benéfico de este vínculo puede incrementar a través de la cultura y del arte, convocando un sentido de identidad social redefinida y emocionante; de memoria y de futuro. Esta línea de pensamiento desemboca en la propuesta de creación de "templos humanistas" —pabellones— instalados directo en los espacios públicos —plazas y pasajes— de grandes ciudades. Arquitectura como una solución de bienestar social en la Ciudad; de la humanidad de la ciudad.

3

Caracol de Viento

La concepción del proyecto del Caracol de Viento —el primero en la serie de 'templos humanistas'—, inició con el reconocimiento de que caminar por ciudades que exponen ideas y belleza incrementa la calidad de vida de los ciudadanos y por consiguiente su sentido responsable hacia la ciudad. Entonces, no hay espacio más rico que el espacio público para abordar este reto; para aprovechar y potenciar el poder de convocatoria urbana que posee. Y, ya que nuevas formas de vida implican encontrar nuevas formas de intercambio —de hacer valorar ese intercambio y de negociar su realización—, para realizar la voluntad de compartir el entendimiento del humanismo de la ciudad es necesario negociar con el Gobierno de una Ciudad —quienes proveen el servicio de la ciudad— y con sus habitantes —quienes la viven—.

El proyecto también partió del reconocimiento de que, para generar el interés de grandes audiencias y aprovechar el movimiento comercial o turístico en 'lugares comunes', cultura y educación deben impulsarse con estrategias de comunicación y entretenimiento. Considerando el poder de la cultura en el espacio urbano, el Caracol de Viento propuso estas estrategias en los términos del arte. Porque el arte tiene la virtud de reemplazar la desesperanza con el sentido de aventura; el *pathos* negativo con el *pathos* alegre. Y que el concepto de identidad demande renovación merece ser expresado con el buen humor, el juego y empatía del arte. En este sentido, el arte arquitectónico tiene una particularidad favorable; pues compone un pequeño mundo capaz de convocar y conducir secuencias de emociones; además de tener acceso a la imaginación del transeúnte a través de una experiencia de viaje.

El Caracol de Viento es un proyecto de arquitectura con fin cultural —en tanto herramienta de imaginación y creatividad en la ciudad—, para generar interés y emoción tanto por los asuntos de identidad social como de responsabilidad ecológica.

Pero un templo humanista debería no sólo comunicar esa visión, sino ser una materialización realista de ella en términos sostenibles, debería ser un caso práctico de responsabilidad ecológica; en cuanto a la factibilidad, gestión y procesos materiales de esa realización. El Caracol de Viento propone que la producción de ambientes ‘sostenibles’ se basan en la composición armónica entre la recuperación de formas de vida que son fruto de un legado cultural milenario —es decir, de soluciones que otros han encontrado para vivir bien en común—; junto a nuevas tecnologías y la planeación de un proceso económico cíclico.

El resultado: el Caracol de Viento fue un proyecto arquitectónico cultural instalado durante verano 2017 en la plaza pública más importante de la Ciudad de México —la icónica Plaza de la República que alberga el Monumento a la Revolución—; un espacio de creatividad, juego y aprendizaje abierto a millones de personas. Un ‘templo humanista’ parte de un sistema que busca enriquecer con ideas y belleza la experiencia de las ciudades. La intención del proyecto fue compartir la idea de una identidad sostenible. Su estrategia fue indagar en la profundidad de la memoria social de la Ciudad de México —en última instancia anclada en el legado cultural de la Mesoamérica prehispánica— para derivar el valioso concepto de un ‘lugar cosmogónico’ como directriz de composición de un pabellón dinámico. Su forma sería regida conceptual, estructural y energéticamente por ‘ecotecnias’ sostenibles de principios austeros. El Caracol de Viento es un pabellón reciclable que propone el problema de la identidad social como la valoración de algo históricamente constitutivo que necesita expresarse de una forma contemporáneamente emocionante. Un ‘microcosmos’ que interactúa con un ‘macrocosmos’ urbano complejo, para comunicar que la herencia cultural que nos constituye como humanos es la creatividad aplicada a la generación de ambientes con valores integrales y responsables en relación a las condiciones y retos de una ciudad global.

4

Composición conceptual y material

El nombre ‘Caracol de Viento’ es un concepto que surge de una investigación histórico-antropológica sobre la cosmología de la Mesoamérica prehispánica —alrededor de la tradición urbanista teotihuacana de la zona central de México (c.200-900 d.C.)—. La investigación se enfocó en la visión mesoamericana sobre la cultura misma, y en particular sobre su origen; porque en los Mitos de Creación mesoamericanos abundan ideas sobre la creación de lugares que remiten a la fundación de la cultura y la formación de las identidades de los pueblos.

Un estudio de estos mitos —cuya evidencia queda escrita en piedra como parte del paisaje urbano de mesoamérica y en muy pocos documentos anteriores y posteriores al evento de Conquista— revela que en Mesoamérica la identidad se concebía como una historia de

peregrinación. Porque, por un lado, durante peregrinaciones los pueblos se comunicaron entre sí el valor y los modos para vivir en el mundo, por lo tanto, conectando su pasado y su futuro. Y por otro, estos mitos de identidad cuentan sobre la humanidad partícipe de lugares privilegiados con un poder creador auto-regenerativo resultante de la coincidencia fértil entre natura y cultura. Por esta razón, éstos son lugares —templos, si se quiere— susceptibles de transformación a los que viajar con entusiasmo para reunirse en rituales a beber del ánimo creativo.

Y casi todas las rutas de peregrinación coinciden en referir a un lugar de origen que, como nos lo permiten saber otros mitos, se trata más bien un *evento de origen*. Este evento varía, pero su estructura narra la simbólica lucha de la vida con la muerte, esta lucha en última instancia implica la salvación del mundo del caos y de la noche con el *viento de la cultura* que se posiciona vencedora. En una de las versiones nahuas de la leyenda del Quinto Sol, Quetzalcóatl, generador y generoso héroe cultural, incorpora durante un juego un sacrificio creativo: para hacer resurgir a la humanidad de los huesos, él mismo se vuelve viento, los recoge, y atraviesa una caracola; emergiendo nuevamente como voluta: el ideograma del lenguaje y la poesía. Tal es el regalo del lenguaje y del arte para la humanidad, y con ellos, la inauguración de la cultura actual, la edad del Quinto Sol. Como nos ayudan a interpretar distintos investigadores especialistas, la deidad Quetzalcóatl —el mensajero pájaro-serpiente— es un símbolo intermediario que incorpora la condición humana como producto entre dos mundos: la especie de los pájaros-serpiente: animales terrenales con un don celestial. Y este don no es otro sino la capacidad de comunicarse entre sí para, por un lado, acordar los términos en que crearán las ciudades humanas en relación al cosmos, y por otro, participar del arte del cosmos. En este sentido, la identidad humana es un producto cósmico y también un vehículo creativo en el cosmos.

Así es como el concepto de Caracol de Viento reunió estos símbolos de un pensamiento ‘ancestral’ y eminentemente creativo para dirigir el diseño, la materialidad y vivencia de un templo de identidad sostenible. Así surgió, a modo de mito, el relato del Caracol de Viento. Éste relato, junto a la narración de la historia de una identidad mexicana que toma formas sostenibles, fue motivo de conversación entre los habitantes del pabellón:

Tras su viaje, la gente pájaro-serpiente encontró un lugar brillante marcado por la intersección geométrica de cuatro puntos cardinales y estructuras arbóreas móviles; vio que era propicio y bello, y entonces se reunió ahí. Ese lugar les recordó a las viejas historias sobre epicentros de la separación del cielo y la tierra, y se dieron cuenta de que así era porque el lugar brillaba y era alimentado por el eterno giro solar que da energía. Después de un momento, recordaron con tristeza que como este lugar hubieron cuatro anteriores, que los habían habitado todos —y que todos fueron destruidos por la falta de conocimiento, creatividad y humanidad—. Pero, animados, recordaron que el último de ellos les había dejado la esperanza de un nuevo mundo, y que esa esperanza podría ser suya si lograban recordar cómo usar el regalo de Quetzalcóatl, con el cual libró la muerte. Con nuevos ojos vieron que en este nuevo lugar cruzaba el viento, giraba y formaba una caracola entre las estructuras arbóreas; parecía a la vez una concha, una casa, y una cueva luminosa. Entonces la gente recordó el regalo y se reunieron en el centro a conversar creativamente. Y vieron que los elementos —viento, tierra, fuego, aire— tomaron forma y entraron en armonía en la construcción del lugar. Y se sintieron alegres, jugando con los

mecanismos de los árboles móviles dentro del Caracol de Viento. Ahí adentro y afuera, sus habitantes empezaron a conversar sobre una idea integral y dinámica del mundo, de la que participan los mitos, los ciclos, las formas y los ritos... Recordaron entonces el modo en que vivían y quiénes eran, participando en la ciudad cósmica. Y entonces, continuaron su viaje...

*

En un área alrededor de 5,000m² —en el lado oriente de la Plaza de la República— la arquitectura del Caracol de Viento se organizó en dos partes: exterior e interior. Tratándose de un proyecto temporal, el Caracol de Viento fue el planeamiento de un proceso que de origen a fin cumplió con principios sostenibles. El Caracol de Viento fue un híbrido entre materiales ‘naturalmente’ contrapuestos tanto en la estructura como en la envoltura del Pabellón: bambú, acero, madera, plástico y roca volcánica. Esta materialidad estuvo ‘de paso’ por el Caracol de Viento : aproximadamente 80% de los materiales provino de y continuó hacia procesos de reciclaje y re-uso; el restante 20% fue asimismo reutilizado.

Como transición entre la plaza pública y el interior del pabellón, el transeúnte primero encontraba una ruta de peregrinación por un paisaje exterior en cuyo centro desplantaba el cuerpo del pabellón. Paisaje y cuerpo hacían parte de un sistema de mecanismos sostenibles; mientras un sistema de comunicación pictográfico en compañía de cuentacuentos guiaba la peregrinación. La energía, empleada para iluminación, provino de módulos de energía solar y eólica. El cuerpo o ‘concha’ del pabellón fue una malla de recolección pluvial hecha de botellas de PET reciclado. La forma de la ‘concha’ fue calculada por un software de cómputo para que cada línea de manguera funcionara como una catenaria. Contenedores plásticos disponían del agua para análisis de tratamiento del agua pluvial de la Ciudad de México. A la vez, la malla PET generaba un ambiente perceptual de luz colorida (iluminación LED) y sonido (rehiletes adheridos a las botellas resonaban con el paso del viento). Debido al efecto de transparencias, reflejos y sombras, la percepción de la ‘concha’ y espacios adyacentes se transformaban a cada momento del día; y en la noche, la ‘concha’ se teñía completamente de colores brillantes y cambiantes —como las plumas del ave quetzal.

La estructura del pabellón era ligera: columnas hechas por cúmulos de bambú con articulaciones de acero estructural reciclado. La elección del bambú siguió a la intención de incrementar la eficiencia estructural de un edificio temporal a través de un material producto de la tierra con bajo impacto ambiental (las especies nativas de bambú empleadas fueron *Guadua angustifolia* y *Phyllostachys bambusoides*, ambas abundantes en México). Las columnas estaban ancladas al suelo falso con una armadura superficial de vigas de bambú pretensado y piso de madera reciclada. Superiormente, las columnas formaban una gran tensoestructura para soporte de la malla PET, con rocas volcánicas de contrapeso.

La peregrinación por el exterior del pabellón culminaba en su interior. Ahí reunidos, los visitantes encontraron 5 mecanismos o esculturas cinéticas de acciones sencillas para interacción lúdica, hechos de los mismos materiales que el pabellón en conjunto. El ‘5’ es un símbolo subyacente en la concepción Mesoamericana del espacio-tiempo; del cual derivan productos culturales. Pero más que esto, los mecanismos apuntaban a transmitir

perceptiblemente las ideas de la cosmovisión mesoamericana —‘mito’; ‘rito’; ‘ciclo’; ‘forma’— contrapuestas en torno a una central: la ‘ceiba’; símbolo de la cultura. Esta transmisión no era literal; sino que buscaba sorprender y motivar la imaginación. Y, de pronto, mientras la gente jugaba con los mecanismos —con mito, el caleidoscopio de visiones; o con rito, el centro sonoro—, los visitantes pedían explicaciones o ellos mismos las intentaban; entonces jóvenes voluntarios contaban sus historias. En el Caracol de Viento estaban reunidos a conversar creativamente; a comunicar con los sentidos y aprender a través del juego.

5 Cierre

El Caracol de Viento fue un estímulo para la conciencia de ciudadanos, para concebir a la Ciudad como un territorio de soluciones; de soluciones a la humanidad de la ciudad. Esta humanidad empuja a que encontremos maneras creativas de reconocernos en nuestra historia y en nuestras aspiraciones de futuro; empuja a encontrar formas para responder a esa identidad; empuja también a que el entorno urbano exprese esa búsqueda de ideas y de bienestar como un ambiente de armonía ambiental y belleza; empuja a la adquisición de nuevos compromisos hacia los retos que como habitantes no sólo de una ciudad, sino del mundo entero enfrentamos; empuja a querer que te compartan esta visión. Cuando visitabas el Caracol de Viento —ese pabellón que de pronto creció en medio de la plaza pública— se te compartía una historia; se te comunicaba que ese espacio diferente *era tuyo*. Podías conocer sobre parte de la historia profunda de un país a la vez de divertirme.

Así como el viento atravesó la caracola y salió en forma de palabra; así el viento atravesó por el Caracol de Viento mientras la gente se reunía dentro suyo para conversar sobre creatividad, identidad y sostenibilidad. Sostenibilidad entendida como la economía de construir responsablemente un edificio temporal; que comunicó sobre reciclaje y energías renovables, que dio trabajo a jóvenes (constructores y educadores); que abordó la cultura con educación. Una peregrinación educativa en un lugar sorprendente. Lo más interesante es lo que no se puede contar aquí: la convivencia, las emociones, las conversaciones, las ideas espontáneas, los miles de rostros alegres que veían a otros miles de rostros sorprenderse.

Caracol de Viento implica cierta equivalencia entre los rituales que hace siglos en esta misma tierra eran dedicados para celebrar la armonía de las fuerzas que permitían la participación entre cultura y natura; y los que ahora intentamos proyectar en el siglo XXI. Pues el abordaje colectivo de responsabilidad social y ecológica demanda una comunicación colectiva de esa relevancia; y la efectividad de esa comunicación pasa por ‘rituales’ que celebran y buscan empatizar un nuevo entendimiento del mundo. Por eso, el Caracol de Viento fue un ‘templo’ donde prevaleció que el descubrimiento que se concreta en creatividad, pero también donde la creatividad se comparte como un bien común público.

El Caracol de Viento se realizó con fondos del Gobierno de una ciudad que reconoció que el valor de invertir en un producto arquitectónico-artístico de este tipo es no sólo invertir en el potencial de incremento de afluencia de locales y extranjeros; sino incrementar la calidad de vida de los ciudadanos. Invertir en arquitectura y arte de ciudad es invertir en los intercambios positivos -social, ambiental y económicos- de la ciudad misma. Es cualitativamente distinto para la vida de los habitantes urbanos caminar por una ciudad fea o una ciudad bella. El mundo construido, el presente o los pasados, son una expresión de valores. La ausencia de ciertos valores se reemplaza con la prevaencia de otros. No es necesario usar lentes especiales para, en una caminata por las ciudades actuales, identificar la prevaencia del valor meramente comercial de la ciudad sobre el del valor cultural; pese a que —como el ejemplo de la ciudad renacentista citado arriba—, lo cultural no sea antagónico a lo comercial, sino su recíproco propulsor. La belleza inspira el interés de acercarse, cuidar las cosas y de mejorarlas.

Caracol de Viento fue un experimento. Experimento con el que quizá empezar a imaginar el inicio de cierto tipo de templos útiles del futuro; no reverentes a tal o cual dogma religioso, sino al reconocimiento de que la herencia cultural que nos constituye es la creatividad humana aplicada a la generación de ambientes con valores integrales y responsables en relación a las condiciones de posibilidad de un lugar global; los templos humanistas la celebran.